

**ACTES DEL X CONGRÉS INTERNACIONAL
DE L'ASSOCIACIÓ HISPÀNICA
DE LITERATURA MEDIEVAL**

**Edició a cura de
Rafael Alemany,
Josep Lluís Martos
i Josep Miquel Manzanaro**

Volum II

**INSTITUT INTERUNIVERSITARI DE FILOLOGIA VALENCIANA
«SYMPOSIA PHILOLOGICA», 11**

Alacant, 2005

Asociació Hispànica de Literatura Medieval. Congr s (10 . 2003. Alacant)
 Actes del X Congr s Internacional de l'Associació Hisp nica de Literatura Medieval /
 edició a cura de Rafael Alemany, Josep Lluís Martos i Josep Miquel Manzanaro. -
 Alacant : Institut Interuniversitari de Filologia Valenciana, 2005. - 3 v. (1636 pp.) ;
 23,5 x 17 cm. - (Symposia philologica ; 10, 11 i 12)
 Ponències en català, castell  i gallec
 ISBN: 84-608-0302-3 (84-608-0303-1, V. I; 84-608-0304-X, V. II; 84-608-0305-8, V. III)
 1. Literatura medieval - Història i crítica - Congresos. 2. Literatura espanyola - Anterior
 a 1500 - Historia y crítica - Congresos. I. Alemany, Rafael. II. Martos, Josep Lluís.
 III. Manzanaro, Josep Miquel. IV. Título. V. Serie.
 821.134.2.09"09/14"(063)

Director de la col·lecció: Josep Martines

  Els autors

  D'aquesta edició: Institut Interuniversitari de Filologia Valenciana

Primera edició: maig de 2005

Portada: Llorenç Piz 

Il·lustració de la coberta: Taulell amb escena de torneig (1340-1360),
 Museu Municipal de l'Almod , X tiva
 Imprimeix: T BULA Diseño y Artes Gráficas

ISBN (Volum II): 84-608-0304-X

ISBN (Obra Completa): 84-608-0302-3

Dipòsit legal: A-519-2005

La publicació d'aquestes *Actes del X Congr s Internacional de l'Associació Hisp nica de Literatura Medieval* ha comptat amb el finançament de l'Acció Especial BFF2002-11132-E del Ministerio de Ciencia y Tecnología.

Cap part d'aquesta publicació no pot ser reprodu ida, emmagatzemada o transmesa de cap manera ni per cap mitjà, ja siga electrònic, químic, mecànic, òptic, de gravació o de fotocòpia, sense el perm s previ de l'editor.

LA CONFIGURACIÓN LITERARIA DEL TÓPICO DEL «MILES CHRISTI» ENTRE LA EDAD MEDIA Y EL RENACIMIENTO*

La idea de la vida del hombre sobre la tierra entendida como «milicia» es tan antigua como la Biblia. Dos pasajes, uno del Antiguo Testamento y otro del Nuevo, ofrecían las bases de esta interpretación.¹ Mientras el protagonista del Libro de Job sentenciaba «militia est vita hominis super terram» (batalla es la vida del hombre sobre la tierra) (Job, 7-1), el apóstol San Pablo, en la epístola a los Efesios (6, 10-17) da consejos sobre el modo en que el cristiano debe enfrentarse a su adversario, precisando los elementos y estrategias que convienen a esta singular batalla:

Por lo demás, confortaos en el Señor y en la fuerza de su poder; vestíos de todas las armas de Dios para que podáis resistir a las acechanzas del diablo. Porque nuestra lucha no es contra la carne y la sangre, sino contra los Principados, contra las Potestades, contra los Dominadores de este mundo tenebroso, contra los Espíritus del mal que están en las alturas. Tomad, pues, las armas de Dios, para que podáis resistir en el día aciago, y, vencido todo, os mantengáis firmes. Estad pues alerta, ceñida vuestra cintura con la verdad, y revestidos de la justicia como coraza y calzados los pies, prontos para anunciar el evangelio de la paz. Embraced en todos los encuentros el escudo de la fe con que podáis apagar los encendidos dardos del maligno. Tomad el yelmo de la salvación y la espada del espíritu, que es la palabra de Dios

(*) Este trabajo se inscribe en el proyecto de investigación BFF2000-0837 del Ministerio de Ciencia y Tecnología.

1. Otras imágenes militares expresan en la Biblia el carácter de lucha y dificultad de la vida cristiana. Así se entiende el tema de la «milicia espiritual» para hacer referencia a la guerra en la que Dios, y también Cristo, luchan junto a sus fieles. Especialmente en los escritos de san Pablo abunda el uso de la metáfora de la *panoplia* cristiana (armadura completa): «Soporta las fatigas conmigo, como un buen soldado de Cristo Jesús. Nadie que se dedica a la milicia se enreda en los negocios de la vida, si quiere complacer al que le ha alistado» (2Tim 2,3); «Nosotros, por el contrario, que somos del día, seamos sobrios; revistamos la coraza de la fe y de la caridad, con el yelmo de la esperanza de salvación» (1Tes 5,9).

Una y otra sentencia están en la raíz de la configuración de uno de los tópicos más rentables y recurrentes de la cultura europea occidental a lo largo de la Edad Media y el Siglo de Oro: el del «miles Christi».

Propongo, en las líneas que siguen, hacer un repaso de los hitos fundamentales en la evolución de este motivo, con el fin de marcar el itinerario que recorre hasta llegar, en los umbrales del Siglo de Oro, a constituir la esencia de las narraciones caballerescas espirituales áureas.²

Hay que remontarse a uno de los más destacados precursores del monacato cristiano, el alejandrino Orígenes, para intentar hacer una rápida síntesis de los nombres y obras que más significativamente van a contribuir, enriqueciendo, interpretando, aportando, en suma, motivos nuevos a la definitiva configuración del tópico.

En diferentes ocasiones a lo largo de sus escritos, Orígenes (c. 158-254), reelaborando ideas de la doctrina de algunos de sus predecesores como Ignacio de Antioquía, Clemente de Alejandría o Tertuliano, identifica la vida del cristiano como un combate espiritual perpetuo, no sólo entendido como lucha del espíritu contra la carne, sino interpretada también como un combate de dimensiones cósmicas entre los mundos angélico, diabólico y terrenal.

El monacato primitivo hace suyas estas ideas hasta el punto de identificar como equivalentes la expresión «miles Christi» y monje, proliferando en sus escritos expresiones del tipo «militar de Cristo», «milicia espiritual»; «milicia de Cristo» o «milicia celeste» para referirse a la vida monástica: san Jerónimo identifica hacerse monje con «correr en el campo de batalla»; san Juan Crisóstomo destaca la grandeza del combate de los monjes; Casiano identifica la vida monástica con una lucha; san Pacomio se refiere al «combate del monacato».

En tiempos de persecuciones y martirios que provocaban la apostasía en masa de los cristianos, cuando no la muerte, autores como san Cipriano llevan la imagen del «miles Christi», con su idea correspondiente, hasta su último desenvolvimiento y perfección (Campmany 1956). En algunas de sus epístolas escritas en ocasión de cruentas represiones, partiendo de la idea de su maestro Tertuliano para quien el servicio de Dios exigía una lucha continua, san Cipriano desarrolla los rasgos esenciales del «miles Christi», al que identifica con el mártir, el perseguido o el expulsado, con el cristiano, en definitiva, que no quiere renegar de su condición y que se enfrenta a sus perseguidores no por medio de la violencia, sino reforzándose en su fe.³ Entre los rasgos del «miles Christi» destaca san Cipriano recurrentemente: la fortaleza invencible de su fe, la inquebrantable confianza en el auxilio de Dios, la aceptación de sus actos heroicos y meritorios por parte de Dios que lo contempla como a su «espectáculo», la alegría de Cristo que lucha con y en el «miles Christi» y el premio a obtener por éste el día del juicio final.

2. El itinerario aquí trazado supone el desarrollo de una propuesta que, en sus líneas maestras, ya había delimitado Cacho Bleuca (1992: 152-153).

3. Cobran en este sentido especial interés la Ep. 58, escrita a los fieles de Tíbaris y la Ep. 10 dirigida a los confesores.

El papa Gregorio Magno (fines s.vi) lega a la Iglesia de occidente la teoría de los siete pecados capitales, pero también en sus *Morabilia* (comentarios al Libro de Job) son abundantísimas las comparaciones y la terminología que insiste en la idea del combate espiritual en el que el «soldado espiritual» o «militar de Dios» ha de estar dispuesto a afrontar los ataques del enemigo. La gran difusión de su obra en el occidente medieval lo sitúan como referente fundamental en los *scriptoria* cistercienses y sus teorías están en la base de la reforma que esta orden impulsa. No resulta difícil entonces, a la luz de este dato, comprender el sentido que alienta las doctrinas de Bernardo de Claraval.

Y es que san Bernardo (1091-1153) ha pasado a la historia, además de como introductor del Císter en la Península, como activo predicador durante la segunda cruzada, acontecimiento histórico en cuyo discurrir se convierte la figura antes alegórica del monje guerrero en una realidad.

La figura del «miles Christi» se vincula al ideal cruzado desde sus orígenes. En el 1095, el Papa Urbano II invita al cristiano a «abandonar la milicia del siglo», la caballería (s. xi), «para entrar en la de Cristo, no como monje, sino como guerrero» y así entrar a formar parte del ejército de Dios que el Papa lanza hacia Jerusalén para liberar el santo sepulcro, en manos de los infieles desde el año 638. A los que partan sin intención de ganancias materiales sino con un espíritu de piedad, el Papa les ofrece la anulación de sus penitencias y la plena remisión de sus pecados. La primera cruzada nacía, entonces, como una peregrinación, como una guerra santa y necesaria, al tiempo que como una penitencia satisfactoria.

Habrà que esperar, sin embargo, como anticipábamos anteriormente, a la segunda cruzada para constatar el paso definitivo del plano alegórico al real, por medio de la nueva figura del monje templario.

Entre abril de 1118 y abril de 1119 dos caballeros, Hugo de Payns y Godofredo de Saint-Omer, fundaban una congregación, en principio poco numerosa, que se juramenta para defender en tierra santa a los peregrinos y vigilar los caminos por los que han de pasar. La orden del Temple inicia de este modo una andadura, que el concilio de Troyes de 1128 ratificaría, fijando los usos de la Regla que unía a los votos de pobreza, castidad y obediencia uno nuevo de carácter fundamentalmente caballeresco: la defensa de los peregrinos.

Hacia el año 1130 Bernardo de Claraval pone su ingenio al servicio de la recién creada orden a la que dedica el *Elogio de la Nueva Milicia Templaria*. Como no podía ser de otro modo, en las primeras páginas recupera las palabras de san Pablo a los efesios: «Es nueva esta milicia. Jamás se conoció otra igual, porque lucha sin descanso combatiendo a la vez en un doble frente: contra los hombres de carne y hueso y contra las fuerzas espirituales del mal» (Bernardo de Claraval 1994: 169).

Otros escritos del de Claraval repiten esta exaltación de un nuevo orden. Así, por ejemplo, entre las *Parábolas* a él atribuidas, de enorme difusión en centenares de copias manuscritas a través de todo el occidente medieval, destacan algunas de corte caballeresco, auténticas ficciones breves edificantes que recurren, en cierto modo, al componente espiritual de la caballería (Eickhoff 1996). Estos cuentecitos alegórico-caballerescos concentran, según Evans (1985: 55-72), la esencia de la ascética

monástica bernardina y constituyen una verdadera teología moral, centrada en tres elementos básicos: «peregrinatio», «militia», «domus Dei» (tres lugares comunes de la literatura espiritual enunciados como los tópicos del «homo viator», «miles Christi» y «Jerusalén Celeste», respectivamente). A estos tres, destacados por Evans, añado uno más: el constante desarrollo de las psicomaquias (batallas de personajes alegóricos que representan las virtudes y los vicios).

Entramos de lleno en una Edad Media que desarrolla y acomoda el viejo tema del «miles Christi» y su armas espirituales a su circunstancia histórica: la de la caballería feudal al servicio de la sociedad y de la Iglesia.

Distintos tratados de caballería incorporan el componente espiritual como inherente a la propia condición de caballero. En la Península, corre el año 1275 cuando Ramón Llull elabora su *Libre de l'orde de cavalleria*, en el que presenta un ideal de sociedad basado en una concepción de la vida heroica al tiempo que profundamente religiosa y acreditando que el orden de los caballeros influye benéficamente en la sociedad a través de sus existencias virtuosas y honradas. Dividido en siete partes, «a semejanza de los siete planetas», este pequeño tratado constituye verdaderamente un manual para el caballero cristiano. En el capítulo v, bajo el epígrafe «l'armes del cavaller», Ramón Llull (2000: 71-78) desarrolla el significado alegórico de las armas del caballero cristiano, siguiendo a san Pablo:

la orden de caballería requiere que todo lo que necesita el caballero para cumplir con su oficio tenga algún significado que signifique la nobleza de la orden de caballería. [...] la espada del caballero significa que el caballero debe mantener con la espada la caballería. [...] la lanza se le da al caballero para significar la verdad [...] el yelmo se le da al caballero para significar la vergüenza [...] loriga significa castillo y muralla contra los vicios [...] calzas de hierro se le dan al caballero para significar que el caballero debe mantener seguros los caminos con el hierro [...] espuelas se le dan al caballero para significar la diligencia, la experiencia y el celo con que pueda tener honrada su orden [...] la gola se le da al caballero para significar obediencia [...] maza se le da al caballero para significar la fuerza del corazón [...] Misericordia se le da al caballero para que, si le faltan las demás armas, pueda recurrir a la Misericordia [...] Escudo se le da al caballero para significar oficio de caballero [...] la silla en que cabalga el caballero significa seguridad de corazón y carga de caballería [...] el caballo se le da al caballero en significación de nobleza de corazón [...] testera se le da al caballero para significar que ningún caballero debe usar las armas sin razón [...] por la guarniciones se significa que el caballero debe guardar y custodiar sus bienes y riquezas [...] el perpuente significa para el caballero los grandes trabajos que debe sufrir para honrar la orden de caballería.

La obra del mallorquín parece que influye en el *Libro del cavallero y el escudero* de Don Juan Manuel, compuesta en la primera mitad del siglo xiv, y más patente es la influencia en un poemilla de mediados del mismo siglo, obra de Pere March, titulado *L'arnés de cavaller*, en el que tenemos de nuevo presente la explicación del

componente de significación alegórica de la armadura del caballero cristiano. Este *Libre de l'orde de cavalleria* resulta indispensable para comprender obras como el *Tirant lo Blanch* y otras narraciones catalanas posteriores.

Otra obra de tratadística militar escrita por el latino Flavio Renato Vegetio (finales del siglo iv), *De re militari*, que trataba en cuatro libros sobre la elección del ejército, sus tácticas, sus obligaciones y sus virtudes, tuvo enorme difusión a lo largo de la Edad Media y fue traducida al castellano en época temprana. Curiosamente, entre estas traducciones destaca la realizada para Enrique II por fray Alfonso de san Cristóbal, quien añadía a la traducción una glosa interpretativa con aplicación moralizante en clave cristiana: «[...] la tercera parte será puesta ayuso, que hablará espiritual mente, trayendo los dichos de Vejeçio a las vezes a las virtudes e a los pecados e a las costumbres de la vida en que beuimos, e así será este obra en algunos lugares de batalla espiritual [...]» (Gómez Moreno 1995: 83-97 y Rodríguez Velasco 1996: 81-85).

De igual modo la cronística medieval castellana, como nos ha explicado Contreras Martín (1996), con el ejemplo de la *General Estoria*, revitalizó la imagen del «miles Christi» revistiéndola de prestigio.

A mediados del s. xiv el Arcipreste de Hita también recoge, en su *Libro de Buen Amor*, las nociones de la existencia del cristiano como un continuo combate contra los enemigos del alma y ofrece al lector, de manera detallada, relación de los siete pecados capitales (vv. 217-387), así como el relato de la armadura espiritual del caballero cristiano (vv. 1579-1605), aspectos ampliamente estudiados por Felix Lecoy (1975).

Entre tanto, la ficción en prosa de los ciclos artúricos recorre todo el occidente europeo urdiendo itinerarios vitales de héroes que representan el ideal de la caballería mundana (Lanzarote, el ideal de caballero que se debate entre el amor y la lealtad, igual que Tristán; Arturo será el prototipo de rey justo en una corte ideal...), pero también alberga en la evolución de los mismos ciclos otros *modus vivendi* bien distintos que incorporan el componente ascético de la caballería celeste, tras la que alienta el espíritu del Císter. Perceval, en parte, y sobre todo Galaz son personajes inmersos en la cristiana búsqueda del Grial, que desarrollan una aventura que se proyecta más hacia el interior del individuo que hacia el exterior. Galaz se convierte en prototipo de caballero celeste, tipo de guerrero medio monje y medio soldado, protegido por la doble armadura del hierro y de la fe, y objeto de una elección divina (Alvar 1991).

Así, en *La reina del gran sufrimiento*, parte primera del *Lanzarote del Lago*, la Dama del Lago explica el significado y sentido de la caballería y ofrece a su interlocutor, el joven Lanzarote, una pormenorizada representación alegórica de la armadura caballerescas como paso previo a la enumeración de las virtudes y deberes del buen caballero cristiano: «Las armas que llevan, y que no debe llevar nadie que no sea caballero, también tienen su razón de ser y un profundo significado» (Alvar 1987: 165-170).

En la Península, la prosa de ficción caballerescas, aunque escasa al menos en el modo en que ha llegado a nuestros días, produjo alguna obra de excepcional valor

como el *Libro del cavallero Zifar*, que desarrolla la andadura de un héroe a medio camino entre la santidad y la caballería. Tomando como base la leyenda hagiográfica de san Eustaquio, nuestro protagonista, Zifar, vive inmerso en una falsa identidad y ha de emprender un camino de perfección con el que alcanzar su verdadero destino, sólo a través del sufrimiento. Desde las primeras líneas el anónimo autor denomina al protagonista como el «caballero de Dios», y el título desarrollado de la obra es el siguiente, *Historia del Cavallero de Dios que ovo por nombre Zifar, el cual por sus virtuosas obras et hazañas cosas fue rey de Mentón*. Por estos y otros motivos Menéndez Pelayo (1945: I, 249) decía del *Zifar* ser obra que «parece que anuncia un libro de caballerías a lo divino».

Apenas transcurrida la centuria, Rodríguez de Montalvo acometía la reescritura de los materiales medievales del *Amadís* desde unos presupuestos transidos de religión y moralidad (Ramos 1994; Sales 1994). Si bien *Amadís* y los suyos se resienten solo en parte con esta transformación (Mérida 2001), el regidor medinés se despacha a gusto en la continuación por él escrita que inauguraba la variada progenie de los amadises. Las *Sergas de Esplandián* son el relato de las aventuras de un héroe caballero cristiano y el ideal de cruzada aparece, si cabe, de manera más relevante que en su predecesor (Whitenack 1988; Sales 1994). Este paso de la caballería mundana o terrestre a la eminentemente cristiana es seguido por otros continuadores del ciclo caballeresco como es el caso del *Florisando* de Páez de Ribera o el *Lisuarte de Grecia* de Juan Díaz, estudiados por Emilio Sales (2002) como continuaciones heterodoxas del ciclo de los *amadises*.

El «miles Christi», en definitiva, viene asimilándose en la baja Edad Media a la figura del caballero de Dios y la caballería mundana cede terreno a una caballería más espiritual que sirve de complemento necesario de unos ideales caballerescos que no deben olvidar su faceta más religiosa.

Como observamos, otro tópico de origen bíblico patrístico, el del «homo viator», se entrelazaba, ya en Bernardo de Claraval, con el del «miles Christi». Si el caballero cristiano emprendía una errancia valiéndose de sus armas alegóricas (las virtudes) para defenderse de sus adversarios (los vicios), el «homo viator», la figura del errante peregrino, era guiada, socorrida, ayudada, aconsejada, constantemente, por alegóricos personajes ayudantes, figuración de las virtudes, que los protegían contra aquellos que les acechaban en el camino (alegorías de los vicios).

En 1490 veía la luz en la imprenta de Enrique Mayer Alemán, en Toulouse, el *Peregrino de la vida humana*, traducción prosificada, a cargo de fray Vicente de Maçuelo, de la primera parte de la trilogía alegórica en verso de Guillaume de Digulleville, después de san Bernardo, el escritor cisterciense más difundido en la Edad Media, cuya obra se enmarca en esta corriente o en este árbol genealógico de adaptaciones y continuaciones de la oratoria alegórica bernardina.⁴ Comienza la

4. Eickhoff (1992a, 1992b y 1996) ha venido insistiendo sobre la más que posible influencia de este texto en la doctrina de Ignacio de Loyola. De esta traducción de fray Vicente de Maçuelo, impresa en Toulouse en 1490, hay edición a cargo de Dunn-Wood (1985), pero sigue faltando un estudio que sitúe las distintas versiones y traducciones de la obra de Digulleville, impresas a fines del siglo xv, en la tradición literaria de la narrativa alegórica espiritual a la que pertenecen.

narración con el sueño de la Jerusalén celestial, que genera en el protagonista la determinación de emprender un viaje a través de la tierra de los demonios por el solo deseo de querer alcanzar la ciudad visionada. Llegado un punto de su periplo, Peregrino solicita al personaje que hace las funciones de ayudante, llamado «guiadora» en el texto y de nombre «Graçia de Dios», ser dotado de armas más poderosas que el bordón de peregrino que en principio le ha sido entregado. Así se ve Peregrino convertido en caballero cuando Graçia de Dios le va dotando de distintas piezas de la armadura, de las cuales le explica el significado alegórico o escondido: el jubón es la paciencia, la cota de malla la fortaleza, el yelmo es la templanza, con su babera que es la sobriedad, parte de la templanza, los guantes de malla son la continencia, también parte de la templanza, la espada es la justicia, la vaina de la espada no puede ser sino la humildad, donde se esconde justicia, las correas de las armas son la perseverancia y las hebillas de éstas la constancia, el escudo es la prudencia, etc... (ff. 31v-37r).

Una vez completamente armado, Peregrino se da cuenta de que no es capaz de soportar una carga semejante sobre sus espaldas, por lo que desiste en su empeño inicial (f. 37), siendo el último de los capítulos de la primera parte: «Cómo después de desarmado el Pelegrino de sus armas todas, Graçia de Dios le truxo una muy linda servidora que las llevaba donde él quería». La servidora en cuestión es «Recuerdo», o «Memoria» que llevará por él el peso de las virtudes representadas en las armas, ya que Peregrino aún no ha alcanzado el grado de perfección cristiana necesario para poder aprehender y asimilar tal grado de conocimiento.

Este incunable tolosano de *El pelegrino de la vida humana* se presenta también formalmente como un itinerario didáctico gracias al gran número de xilografías de ingenua belleza que jalonan el texto y cuya función parece ir más allá del mero acompañamiento. Asentándose en su condición de obra de carácter alegórico se ofrece un completo programa iconográfico a través del cual puede seguirse resumidamente el contenido del texto.⁵ (Láminas 1 y 2, en apéndice)

El siglo XVI es el triunfo de las reformas y Europa despierta a una nueva espiritualidad. Hacia 1515 se imprime en Valencia el *Libro de la Cavallería Cristiana*, obra del franciscano observante fray Jaime de Alcalá.⁶ Al propio título elegido para la obra, se añade ya en los preliminares la curiosa traducción que fray Jaime de Alcalá da al término latino «militia» de la metáfora bíblica del Libro de Job (7,1), haciendo de la vida del hombre «cavallería sobre la tierra»:

Y assí, por información d'estos christianos cavalleros, ocupé un poco de tiempo en hazer un libro de *Cavallería Christiana* intitulado. Ca como diga Job a los siete capítulos, que «la vida del hombre es una

5. Eickhoff (1992a) se había percatado de la relevancia de la iconografía en el incunable tolosano e informa de la presencia de los mismos grabados en la prosificación francesa de la obra impresa, pocos años antes, en 1485, en Lyon en las prensas de Mattias Husz. Impresión a partir de la que, muy probablemente, traduce Maçulo al castellano, y en cuyo taller de procedencia podría haber alquilado Mayer el juego de xilografías aludido.

6. De esta casi con seguridad edición príncipe del *Libro de la Cavallería Christiana* hay un ejemplar en la Biblioteca de Palacio Real de Madrid (X-860). De él extraigo las citas del texto.

cavallería sobre la tierra»; y según sentencia de san Juan en su primera epístola, «tengamos tres enemigos espirituales: el mundo, el diablo y la carne». Los cathólicos christianos que desean alcanzar la corona de la Gloria del cielo, conviene que fielmente peleen aquí en el suelo contra nuestro principal adversario el diablo.

Continuaba fray Jaime de Alcalá el escrito con la alusión explícita a los tres enemigos del alma, todo esto en consonancia con la representación caballeresca de la xilografía de la portada (Lámina 2). La obra se desarrolla, entonces, sobre estos presupuestos, como un tratado de doctrina cristiana en el que todas las enseñanzas bíblicas y de los santos padres se reelaboran atendiendo a la cosmovisión de la vida del hombre como caballero armado de las virtudes (adquiridas a través de su evolución caballeresca en tanto que obtención de los sacramentos) para emprender un camino de ascenso hacia el ideal de la perfección cristiana, marcado por la necesaria lucha contra los vicios. La obra se presenta, entonces, como una suerte de «manual del caballero cristiano».

En estos términos traduciría, transcurrida poco más de una década, Alonso Fernández de Madrid, arcediano de Alcor, el título de una obrita de Erasmo que iba a tener especial fortuna en tierras peninsulares y que originariamente había sido escrita en latín antes de 1503 bajo el título *Enquiridio milites cristiani*, y que contenía veintidós reglas a las que ha de atenerse el hombre si quiere alcanzar la felicidad.

La obra de Erasmo se difunde en España sobre todo en la traducción y adaptación al castellano que del original latino realiza el Arcediano de Alcor, publicada por primera vez en el verano de 1526. El *Enquiridion* encuentra en la Península el terreno abonado de una corriente de reforma espiritual autóctona que tímidamente había comenzado a aflorar en torno al 1500 en Castilla, cuando las nociones de «perfección cristiana» comienzan a difundirse fuera del ámbito estrictamente conventual por una primitiva mística española (Andrés Martín 1994). El arcediano de Alcor venía a insertar su traducción en este ambiente favorable de reforma espiritual, si bien es cierto que dicho proceso de reforma se afianza y hasta, en cierta medida, se desata con la difusión en castellano del *Enquiridion*.⁷

La traducción del término «miles Christi» por la forma «caballero cristiano», vinculada a otros aspectos del tema como las armas espirituales o la idea de combate contra los vicios, ya se había dado en la Península (y el *Libro de la Cavallería Cristiana* es una prueba de ello) años antes de la llegada de la obra de Erasmo.

Así por ejemplo, antes incluso que la obra de fray Jaime de Alcalá, en el año 1500 ve la luz impresa en Sevilla una obra titulada *Carro de dos vidas*, obra de Gómez García y fruto temprano de la mística autóctona (Andrés Martín 1975 y 1991), que propone en el capítulo LXXIV de la primera parte las «tres cosas necesarias

7. Ya Eugenio Asensio (1552) llamaba la atención sobre este favorable ambiente de reforma espiritual que arrancaba en los últimos años de la Edad Media en la Península al amparo, fundamentalmente, del franciscanismo, y sobre todo de cómo este ambiente facilitó la difusión de ideas cercanas al erasmismo. Esta tesis de Asensio, apoyada por Andrés Martín, obligó a Bataillon a modificar algunas de sus posturas iniciales sobre el erasmismo en España.

a los que quieren legítimamente pelear e batallar contra los vicios, las cuales son: estrenuidad, severidad e benignidad», desarrollando ampliamente la problemática de la batalla espiritual en disposición de ser ganada si uno se arma de virtudes convenientes en cada momento. Proliferan a partir del 1500 otras obras que insisten en la configuración caballeresca de la alegórica batalla del hombre contra los vicios, entre otros asuntos de espiritualidad y doctrina: *Subida a monte Sión* de Fray Bernardino de Laredo (Sevilla, Juan Crombeger, 1535), *Ábito y armadura espiritual* de Diego de Cabranes, religioso de la orden de caballería de Santiago de la espada (Mérida, en casa de Francisco Díaz Romanos, 1544), en el quinto libro del *Carro de las donas* de Francisco de Eximenis (impreso en Valladolid, Juan de Villquirán, 1542). Destaco entre todos ellos un curioso tratado titulado de la siguiente manera: *Castillo inexpugnable, defensorio de la fee y concionatario admirable para vener a todos los enemigos espirituales y corporales; y verdadera relación de las cosas maravillosas antiguas y modernas; y exortación para ir contra el Turco y le vencer y anichilar la seta de Mahoma y toda infidelidad y ganar la Tierra Santa con famoso y bienaventurado triumpho*, obra de Gonzalo de Arredondo e impreso en Burgos por Juan de Junta en 1528.⁸

De estas obras carentes de trama o ficción novelesca, auténticas propedéuticas cristianas construidas a partir de la alegoría caballeresca, pasamos hacia la mitad de la centuria a otras de carácter más propiamente literario, pero en las que laten idénticas pulsiones. Sentadas las bases, por un lado, de una renovación espiritual que aboga por la búsqueda de la unión con Dios a través de la interioridad (y que utiliza la alegoría de la vida del hombre como batalla) y coincidiendo, además, con los tiempos en que en la Península alcanzan un éxito sin precedentes los libros de amor y caballería, con *Amadís de Gaula* a la cabeza (narrativa de ficción caballeresca de probado éxito y ensayo de la novelística moderna que está por venir), varios autores van a intentar volcar su programa de renovación espiritual en el molde de esa trama novelesca. Así, paralela al caudaloso cauce de los libros de caballerías, discurre una línea de literatura espiritual que encuentra en la alegoría caballeresca de la lucha del hombre contra los vicios armado de las virtudes su «leit motiv» y que yo he dado en denominar «narraciones caballerescas espirituales» y otros antes llamaron «libros de caballerías a lo divino».

Aunque puedan fácilmente situarse las fronteras entre estas narraciones caballerescas espirituales y los libros de caballerías castellanos del xvi, hubo representantes de la modalidad genérica de los libros de caballerías como *Don Silves de la Selva* de Pedro Luxán (Sevilla, Dominico Robertis, 1546) y *Olivante de Laura*, de Antonio de Torquemada (Barcelona, Claudio Bonard, 1564), que incluían en algún punto del periplo de los protagonistas unas aventuras alegóricas de marcado talante religioso y moralizante. Son, respectivamente, la «aventura alegórico espiritual del los cinco castillos de la Isla Venturosa», en *Don Silves* (caps. xxxix-xlii) y la aventura de «La casa de la Fortuna de la Isla de la Aventura», denominada «filosófico moralizadora» en el *Olivante* (cap., iii, libro ii). El género de los libros de

8. Sobre el argumento y curiosa naturaleza del texto véanse las aclaraciones de Cátedra (1999: 40-45).

caballerías se hacía de esta forma eco de las pulsiones religiosas y morales que latían en el ambiente y que, unidas a la noción de la caballería, algunos autores lograron someter al molde narrativo y encauzar en una corriente literaria si no completamente novedosa, sí revitalizada en la segunda mitad del XVI.

Me refiero a esas narraciones caballerescas espirituales a las que he aludido que, aunque tipográficamente cercanas al género de los libros de caballerías, en cuanto a su contenido, éste quedaba definido y diferenciado desde los mismos títulos, como inmediatamente veremos. Son relatos de las aventuras de un personaje a medio camino entre el santo y el caballero, pero esencialmente hombre, que emprende un camino lleno de peligros (vicios) a los que solo puede vencer con la ayuda de las virtudes (en forma de personajes ayudantes, en forma de armadura espiritual) con el fin de alcanzar la Jerusalén celeste o la perfección cristiana. Itinerarios narrativos, en suma, en los que el protagonista, caballero cristiano pone de manifiesto su fe a través de una lucha activa que desarrolla diversos modelos de psicomaquias.

La simple mención de algunos de los títulos alcanza, de momento; para dar cuenta de esta modalidad narrativa:

Libro intitulado Peregrinación de la vida del hombre, puesta en batalla debaxo de los trabajos que sufrió el Cavallero del Sol, en defensa de la Razón; que trata por gentil artificio y estrañas figuras de vicios y virtudes, embolviendo con la arte militar la philosophia moral. Y declara los trabajos que el hombre sufre en la vida y la continua batalla que tiene con los vicios, y finalmente enseña los dos caminos de la vida y de la perdición, y cómo se ha de vivir para bien acabar y morir, obra de Pedro Hernández de Villaumbrales e impreso en Medina del Campo por Guillermo de Millis, en 1552.⁹

Batalla y triunfo del hombre contra los vicios, en el cual se declaran los maravillosos hechos del Cavallero de la Clara Estrella, escrito por Andrés de la Losa e impreso en Sevilla por Cornelio Bodán, en 1580.

Historia y milicia cristiana del Cavallero Peregrino, conquistador del cielo, metáfora y símbolo de cualquier sancto, que peleando contra los vicios ganó la victoria, inclúyese en él la jererchía eclesiástica y celestial y la metáfora del Infierno y Purgatorio y la gloria de los sanctos y glorioso recebimiento, con exemplos de sanctos y auctoridades de la Sagrada Escritura, obra de fray Alonso de Soria, impreso en Cuenca por Cornelio Bodán, en 1601.

Caballero celeste, peregrino andante, ideal literario que se había hecho carne en la primera mitad de la centuria cuando el tópico del «miles Christi» tomaba de nuevo vida en la figura de Ignacio de Loyola y se consolidaba, décadas después, ya en la segunda mitad del XVI como modelo literario de la mano de esta literatura

9. Hay edición moderna a cargo de Salvador Martínez (1986) y, desde distintas ópticas, han analizado la obra Eickhoff (1998) y Ruiz-Gálvez Priego (2002).

de la que ido ofreciendo algunos ejemplos: una corriente de narrativa caballeresca espiritual tan desconocida como interesante.

EMMA HERRÁN ALONSO
Universidad de Oviedo

ANEXO I. LÁMINAS



Lámina 1. Xilografía de la portada de *El Pelegrino de la vida humana*, Toulouse, Enrique Mayer Alemán, 1490 (BNM I-1332, f. 1)

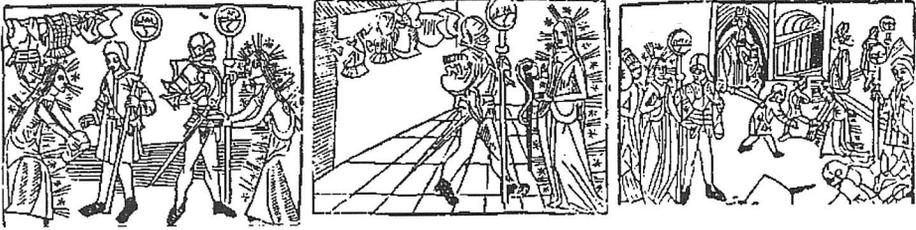


Lámina 2. Tres xilografías de *El Pelegrino de la vida humana*, Toulouse, Enrique Mayer Alemán, 1490 (BNM I-1332, ff. 31v, 35r y 37v, respectivamente)



Lámina 3. Portada del *Libro de la Cavallería Cristiana* de Fray Jaime de Alcalá O. F. sl. si. sa. (BPR X-860)

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALVAR, Carlos (1991), *El rey Arturo y su mundo. Diccionario de mitología artúrica*, Madrid, Alianza.
- ANDRÉS MARTÍN, Melquiades (1975), *Los recogidos: nueva visión de la mística española (1500-1700)*, Madrid, BAC.
- (1966), «Evangelismo, humanismo, reforma y observancias en España (1450-1525)», *Missionalis Hispania*, 67, pp. 5-25.
- (1991), «Estrenuidad, severidad y benignidad, armas del caballero español, en *Carro de dos vidas (1500)*», *Cuadernos para la investigación de la Literatura Hispánica*, XIV, pp. 141-153.
- (1994), *Historia de la mística de la Edad de Oro en España y América*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos.
- ASENSIO, E. (2000 [1952]), *El erasmismo y las corrientes espirituales afines*, Salamanca, SEMYR.
- BERNARDO DE CLARAVAL (1994), *Elogio de la nueva milicia templaria*, ed. de Javier Martín Lalanda, Madrid, Siruela.
- CACHO BLECUA, Juan Manuel (1992), «Del gentilhombre mundano al caballero “a lo divino”: los ideales caballerescos de Ignacio de Loyola», en Juan Plazaola, ed., *Ignacio de Loyola y su tiempo. Congreso Internacional de Historia (Bilbao, 9-13 de septiembre 1991)*, Bilbao, Mensajero / Universidad de Deusto, pp. 129-159.
- CAMPANY, José (1956), *Miles Christi en la espiritualidad de San Cipriano*, Barcelona, Casulleras.
- CÁTEDRA, Pedro M. (1999), «Prólogo», a Javier Guijarro Ceballos, *El ‘Floriseo’ de Fernando Bernal*, Mérida, Junta de Extremadura, pp. 11-46.
- CONTRERAS MARTÍN, Antonio M. (1995), «La imagen del *miles Christi* en la crónica castellana de finales del siglo XIII: Gedeón, Josué y David», en Carlos Alvar y José Manuel Lucía Megías, eds., *La Literatura en época de Sancho IV (Alcalá de Henares, 21-24 de febrero de 1994)*, Alcalá de Henares, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Alcalá, pp. 343-353.
- DUNN-WOOD, Mary Jane (1985), *‘El Pelegrinaje de la vida humana’: a study and edition*, Michigan, Ann Arbor.
- EICKHOFF, Georg (1992a), «Claraval, Diguilleville, Loyola; la alegoría caballerescas de *El peregrino de la vida humana* en los noviciados monástico y jesuítico», en Juan Plazaola, ed., *Ignacio de Loyola y su tiempo. Congreso Internacional de Historia (Bilbao, 9-13 de septiembre 1991)*, Bilbao, Mensajero / Universidad de Deusto, pp. 869-881.
- (1992b), «Ignacio de Loyola entre *armas y letras*. Los preceptos de lectura del humanismo castellano y los *Ejercicios Espirituales* como arte de leer», *Iberomania*, 36, pp. 1-20.
- (1996), «De Claraval a Loyola. Brevísima historia del arte de la memoria en su aplicación ascética», *Historia y Grafía*. [<http://www.hemerodigital.unam.mx/ANUIES/ibero/historia/historia7/art4.html>]

- (1998), «Los Ejercicios Espirituales como “ars bene vivendi”», en Juan Plazaola, ed., *Las fuentes de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio. Simposio Internacional (Loyola, 15-19 de septiembre 1997)*, Bilbao, Mensajero / Universidad de Deusto, pp. 379-398.
- EVANS, George (1985), *The Mind of St. Bernard of Clairvaux*, Oxford, Oxford University Press.
- GAYANGOS, P. (1857), «Discurso preliminar», en *Libros de caballerías*, Madrid, BAE.
- GÓMEZ MORENO, Ángel (1995), «La militia clásica y la caballería medieval: las lecturas de *re militari* entre el Medievo y el Renacimiento», *Evphrosyne. Revista de Filología Clásica*, XXIII, pp. 83-97.
- HISTORIA DE LANZAROTE DEL LAGO, I. *La Reina del Gran Sufrimiento* (1987), Carlos Alvar, trad., Madrid, Alianza.
- LECOY, Felix (1974), *Recherches sur 'Libro de Buen Amor', de Juan Ruiz, Arcipreste de Hita*, ed. de A. D. Deyermond, Farnborough, Gregg International.
- LLULL, Ramon (2000), *Libro de la orden de caballería*, ed. de Luis Alberto de Cuenca, Madrid, Alianza.
- MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino (1945), *Orígenes de la novela. Vol. I (Influencia oriental. Los libros de caballerías). Vol. II (Novelas sentimental, bizantina, histórica y pastoril)*, Santander, Consejo Superior de Investigaciones Científicas («Edición Nacional de las Obras Completas de Menéndez Pelayo», núm. xxvi).
- MÉRIDA JIMÉNEZ, Rafael (2001), *Fuera de la orden de natura: magias, milagros y maravillas en el 'Amadís de Gaula'*, Kassel, Reichenberger.
- POURRAT, Pierre (1931), *La spiritualité chrétienne: Des origines de l'Église au Moyen-Âge*, París, J. Gabalda et Fils Éditeurs.
- RAMOS NOGALES, Rafael (1994), «Para la fecha del *Amadís de Gaula*: “Esta sancta guerra que contra los infieles comenzada tienen”», *Boletín de la Real Academia Española*, núm. LXXIV, pp. 503-521.
- RODRÍGUEZ VELASCO, Jesús (1996), *El debate sobre la caballería en el siglo xv. La tratadística caballeresca castellana en su marco europeo*, Salamanca, Junta de Castilla y León / Consejería de Educación y Cultura.
- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, Estrella (2002), «Soñar para despertar la conciencia (A propósito de *La peregrinación de la vida del hombre* de Pedro Hernández de Villaumbrales)», en Estrella Ruiz-Gálvez Priego, ed., *Rêves et songes. Sueños y enseñanzas. Le discours sur le rêve dans le monde hispanique*, Paris, Torino, Budapest, L'Harmattan.
- SALES DASÍ, Emilio (1994), «Visión literaria y sueño nacional en las *Sergas de Esplandián*», en Juan Paredes Núñez, ed., *Medioevo y Literatura. Actas del V Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval (Granada, 27 septiembre-1 octubre 1993)*, Granada, Universidad, II, pp. 273-288.
- (1996), «Las *Sergas de Esplandián* y las continuaciones del *Amadís* (*Florisandos* y *Rogeles*)», *Voz y Letra*, VII/1, pp. 131-156.
- (2002), «La continuaciones heterodoxas (el *Florisando* [1510] de Páez de Ribera y el *Lisuarte de Grecia* [1526] de Juan Díaz) y ortodoxas (el *Lisuarte de Grecia* [1541] y el *Amadís de Grecia* [1530] de Feliciano de Silva) del *Amadís de Gaula*», *Edad de Oro*, XXI, pp. 117-152.

SALVADOR MARTÍNEZ, H., ed. (1986), Pedro Hernández de Villaumbrales, *Peregrinación de la vida del hombre*, Madrid, Fundación Universitaria Española.

WHITENACK, J. A. (1988), «Conversion to Cristianity in the Spanish Romence of Chivalry, 1490-1524», *Journal of Hispanic Philology*, XIII, pp. 13-39.